

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1923

LUNES 22 DE OCTUBRE

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

## El heroísmo de los jóvenes

EL heroísmo es diverso en el joven y en el viejo. El joven tiene por delante la vida; el viejo, dice Schopenhauer, la va teniendo por detrás. El joven parecería mejor dispuesto al heroísmo que el viejo, y, sin embargo, acaso pueda ser lo contrario. Digo acaso, porque el heroísmo es una gran pasión del alma que, en un momento dado, nos arrastra fuera de nuestra vida ordinaria como poseídos por un demonio o un dios, a cuyo conjuro oculto y mágico brotan las hazañas más estupendas de la historia. En el fondo, sin embargo, el joven está siempre dispuesto al heroísmo. No sabe todavía, plenamente, lo que vale la vida. El viejo ya lo ha podido probar.

En nuestras guerras nacionales, civiles o extranjeras, abundan los ejemplos de jóvenes heroicos. En estos últimos tiempos de calamitosos combates fratricidas, observaba yo la temprana juventud de nuestros soldados; niños, muchas veces, que hurtó la vorágine social a la Escuela y el Taller. Los jóvenes poseen la acometividad del esfuerzo, el desbordamiento del entusiasmo, la ignorancia de su dinamismo interior. Jóvenes fueron los caudillos revolucionarios de Francia; jóvenes los soldados que salvaron a la República en Jemmapes y Valmy. Un muchacho heroico, el legendario *Pépila*, franqueó a las huestes de Hidalgo la puerta de Granaditas, y Barrera, Márquez, Montes de Oca, Melgar, Suárez y Escutia, renovaron en el añoso Bosque, con el coraje de su patriotismo, los lauros de Leónidas en las Termópilas, durante la injusta guerra con los Estados Unidos. La juventud es siempre incontenencia, abundancia, fluidez. ¡Guardémonos de vejarla con los dictados de la razón pura cuando la guía y solivianta el generoso secreto de su impetu vital!

Hace poco leía yo un libro admirable, uno de los libros más valiosos de nuestro tiempo. Francisco García Calderón llámalo «el soliloquio platónico de Charles Renouvier»; postreras con-

versaciones del «Néstor de la filosofía moderna». El gran discípulo francés de Kant, que vivió casi un siglo depurando en la beatitud de su soledad el mensaje que había dedicado a su descendencia intelectual, dicta a Luis Prat, su amigo predilecto, al confiarle sus últimas máximas, el testamento que podría formularse así: «Viví casi un siglo, y, en este lapso, mi amorosa ocupación constante ha sido el pensamiento filosófico. Hoy que voy a morir, te confieso que deploro sinceramente tenerlo que hacer. Parece imposible que un filósofo que ha vivido casi un siglo deplore el morir. La filosofía, se ha dicho, es una preparación para bien morir, y, no obstante, con noventa años sobre las espaldas, abierta ya la huesa para internarme en su fondo misterioso, te confieso, caro amigo, que no querría morir...

¿Por qué?... Porque he tenido tiempo sobrado para gustar la vida y apreciarla; porque los viejos la hemos paladeado sin cesar; porque soy lógico conmigo mismo y sigo siendo un espíritu disciplinado y congruente, y porque, presa de su amor a la vida, este viejo filósofo se resiste a morir»...

En efecto, lógico es que los viejos amen con fruición la vida. Ha sido más suya que nuestra. Les ha acompañado con devoción y constancia como una esposa fiel. No les brindó sus dones fugaces; les escanció dócilmente en la copa su néctar deleitoso, su dictamo cordial, como al anciano Rey doliente de la hermosa balada de Goethe. No fué para ellos la existencia una querida infiel, fácil para entregarse de pronto y esquiva o traidora después. Todavía les sonrío a pesar de sus miembros entumecidos y vacilantes, y sus gracias resultan más risueñas, quizás, al reflejarse en la plata amarillenta de sus canas.

(Pasa a la página siguiente).

## Tengamos fe en la escuela

CENTRO América será una nacionalidad y los centroamericanos tendrán oportunidad de vivir y trabajar, de prosperar y desenvolverse, sin que para ello hayan menester del tutelaje de una nación extraña ni de la abdicación de sus tradiciones y sus cultos.

Tenemos allí con nosotros cuanto necesitamos para nuestra redención. Tenemos allí con nosotros, a la mano, creado por una inspiración simplemente cristiana, el instrumento de nuestra liberación definitiva. Es la escuela.

El trabajo esencial para lograr el advenimiento de una era en que desaparezca la brutalidad, la rapiña y el odio de nuestras esferas sociales, es la educación de la juventud. Sin eso, todos nuestros esfuerzos serán infructuosos. Podemos improvisar generosos dictadores y crear leyes, cambiar funcionarios, castigar yerros, pero el mal

seguirá en pie mientras no haya una mayoría o un núcleo capaz de ser fiel a un propósito, mientras el pueblo no sea capaz de servir a un ideal.

Hemos andado buscando el enemigo afuera, y él estaba dentro de nosotros mismos en nuestra ignorancia y nuestros vicios. Hemos vivido, cada uno por su lado, vigilando y juzgando al prójimo, celosos de sus actos, sin parar mientes en que nosotros constituimos un problema cercano cuya solución está a nuestro alcance: edificar nuestra propia personalidad tras un anhelo permanente y un permanente esfuerzo de perfección y bondad.

Debemos educarnos todos y sobre todo debemos educar las generaciones que llegan. No importa que los esfuerzos parezcan estériles por la nefasta influencia del medio ambiente. Tengamos fe en la enseñanza pura, en la palabra honrada. Tengamos fe abso-